

TRAMPAS DE LA NOCHE

José Hugo Fernández

Fragmento de novela

De la novela *Florangel* (Editorial Dos Islas, 2020).

--***--

MANÍ

Se había quedado repitiendo el nombre para sus adentro: *Potenciación a largo plazo*. Si la memoria no le falla, cree que así le llaman a ese novedoso descubrimiento de la ciencia que ayuda a controlar nuestras capacidades cerebrales para que no se borren los recuerdos. No está seguro de que represente un gran avance. Es lo que piensa ahora, mientras trae de vuelta una y otra vez a la memoria la voz de aquella vendedora de maní tostado. Era como tela de cebolla: anhelante, sedosa, desvaída, siempre a punto de quebrar. Una voz de color lila pálido, parecida al aleteo de los zunzunes, se dice. Él tuvo que acercársele mucho, afinando el oído, concentrándose, aislando con meticulosidad todos los ruidos de la calle. Hasta que consiguió entender lo que decía. Y lo que decía, en monocorde destilación, como gotas de lluvia sobre un techo de zinc viejo, era “maní... maní...”.

Más que por la palabra misma, lo dedujo porque la vendedora llevaba entre las manos varios cucuruchos con el grano. En realidad nada en el mundo pudo parecerle menos apropiado que su bisbiseo para un pregón. Así lo piensa. En tanto rememora lo del descubrimiento científico, el llamado *Potenciación a largo plazo*, según el cual nuestro cerebro guarda los recuerdos o no, depende de una elección que sólo compete al cerebro de cada uno de nosotros. Sin embargo, al parecer esto es lo que ha despertado en los investigadores la esperanza de llegar a colarse a ordenar las cosas dentro del almacén de recuerdos de cualquier persona. Intrusos en nuestras entretelas, Dios nos libre, piensa él, al tiempo que comienza a valorar la probabilidad de que aquella voz pregonera de maní lo remitiese (por inducción rocambolesca) a momentos y circunstancias inexistentes en su memoria de hoy. ¿Por olvidados o por engañosos? ¿Acaso sean destellos de una vida anterior? ¿Vivencias que fermentan luego de haber permanecido ni se sabe cuánto tiempo degradándose por acción enzimática, allá adentro, en el fondo? ¿Pero en el fondo de qué? Pudiera suceder que la voz del pregón no fuese sino otra,

la voz de otra mujer, u otra reminiscencia con un metal parecido. ¿Pero parecido a qué, al metal de la voz de quién?

De repente, se le atraviesan imágenes de una antigua película. No deben encajar para nada en el asunto. Tampoco tendrían por qué hacerlo, se dice. Es una película de Fellini que le gusta particularmente. Además, ha vuelto a verla no hace mucho. Las imágenes le retrotraen a una de esas madonas alborotadoras de Fellini. No distingue el rostro, solamente las nalgas, suculencia en movimiento, así que debe ser Gradisca, la deseada, por deseable y por inalcanzable. Como los recuerdos, piensa él, aunque no todos y no siempre.

Quizá sea la causa de esta asociación sin pies ni cabeza. Quiere decir la del filme con referencia a la novedad científica sobre el tema del olvido. ¿Alguna suerte de *Reintegración*? ¿No es así como llaman los psicólogos al hecho de recobrar omisiones de la memoria sobre la base de estímulos que pinchan nuestras intimidades como puntas de alfileres?

La voz del pregón persiste por debajo de los cuadrantes filmicos y aun del enlace con las nuevas expectativas de los investigadores. La voz. Pero no la fisonomía de la vendedora de maní tostado, aquella señora cincuentona o sesentona, una mole con cara de remolacha, tumefacta, umbrosa, y con caderas de batea desclavijada. ¿Cabe considerar que semejante recuerdo lo transportara hasta el trasero monumental de la Gradisca?

EL OLVIDO

La descubrió en la parada del ómnibus, hace una semana. Luego volvió a verla frecuentemente, o mejor, a escucharla, quiere decir que volvió para escucharla. Ayer en la tarde fue la última vez. Y ahora se ha puesto a chapotear entre las previsibles causas del olvido. Hay una que lleva nombre griego, o a eso le suena: huellas mnémicas. Son las que sustentaron aquel bolero: *Ausencia quiere decir olvido...* o sea, huellas que se hacen humo en forma natural, como resultado de un proceso orgánico que elimina presencias en desuso. Nada que ver con el maní tostado. Ni con el trasero de Gradisca. Aunque se le antoja que de aquel trasero monumental no quedan ya ni las cenizas, menos que ausencia. El de la actriz, no el del personaje, que continúa alborotando el aire tal cual es su destino.

La segunda y la tercera limitaciones de los desmemoriados responden igualmente a efectos naturales, al menos para él. ¿O no es natural que un recuerdo, tendón del pensamiento, quede distorsionado por falta de uso, o que una fecha, un nombre, cualquier haber de vida cedan su espacio a otros en el tránsito hacia la obsolescencia? Algo menos corriente, puesto que más obtusa, viene siendo ya la cuarta y última causa del olvido, según lo que estuvo leyendo recientemente. Es nuestra propensión a reprimir experiencias indeseables. Vete de mí, tal como lo resume Bola de Nieve en aquel bolero.

LA MAESTRA

En la película de Fellini el cura le pregunta a un muchacho en el confesionario: ¿te masturbas? Y éste no responde, no puede vislumbrar

el pecado, no le dejan sitio las ancas ondulantes de las campesinas de Amarcord y los senos adormecedores de su maestra de matemáticas. No los está viendo con los ojos, ni siquiera los siente con el corazón, pero tales presencias nublan su cerebro, a borbollones como en una cafetera hirviente.

Por cierto, ahora que lo piensa, él tendría más o menos la misma edad de aquel adolescente cuando se estrenó la película, que es del año 1973. Aunque nunca visitó un confesionario. Y sobre el pecado no guarda ni la menor noción. Lo que sí tuvo fue una maestra con senos adormecedores. ¿Pero quién no la tuvo? La suya no era de matemáticas sino de español y literatura. Y no únicamente eran los senos. Todo en ella adormecía.

Algunos estudiosos sugieren (o algo de eso cree haber entendido), que la memoria se concentra en localizaciones específicas. Otros, en cambio, le dejan un campo de acción mucho más vasto. Y con los filósofos el rollo se enrolla todavía más. Descartes vivía convencido de que cada mente humana cosecha sus propios recuerdos con independencia de géneros y a contrapelo incluso de la realidad circundante. Para Bergson, el límite de nuestra percepción no es la materia sino la memoria. De tal manera recuerdos y olvidos podrían ser fabricados por igual, en tanto la tarea básica de la conciencia, o del alma (según los gustos), no es representar las cosas sino inventarlas. Bergson debiera engrosar la lista de los precursores del bolero, ya que así pensaba, piensa él, mientras tararea para sí: *No necesito ir al cielo si, alma mía, la gloria eres tú...*

Pero ciertamente esos científicos que ahora quieren dedicarse al manipuleo de la memoria parecen ser más bergsonianos y cartesianos que Bergson y Descartes. En caso contrario no hubiesen corrido tan campantes a elaborar una inyección que nos induce a olvidar o recordar, según sea el propósito de quien descarga la jeringuilla en nuestra crisma.

Ya probaron su eficacia con las ratas, cuya estructura cerebral es semejante a la nuestra, para el caso, supongámoslo así. Pobres ratas, exclama él por lo bajo, mientras consulta el reloj. Se dice que esta tarde volverá a la parada del ómnibus. Posiblemente compre de una vez todos los cucuruchos de maní tostado que lleva la señora. Le desazona aquel pregón.

EL OLOR

Hay un momento en la película de Fellini. Es aquel en que el cura confesor se muestra (o finge mostrarse) más interesado en las flores que adornan el altar que en la confesión del muchacho. Algo por el estilo tal vez resulte deducible de la actitud que él mismo asume ahora cada tarde, entre el maní tostado y la voz que lo pregona. A propósito, acaba de caer en la cuenta de que el color del maní pudo haberlo remontado hasta la boina que siempre lleva Gradisca en su cabeza. Santa Bárbara bendita, pero qué tronco de rubia, se dice. *La Gradisca me quita el sentido, quiero una mujer como la Gradisca.* Esta voz no es suya, se la extiende Fellini, martillándole el hipocampo, el cual, según los investigadores, es una especie de cinta luminosa ubicada en predios del encéfalo: el punto por donde hay que pinchar para que prenda el bombillo de la memoria o para que se apague.

Igual que la Gradisca, pero más sustanciosa en varias direcciones, el trasero por descontado, era aquella profesora de español y literatura. ¿Morena? Negra diría propiamente, con la cabellera como un nido de torcazas, decenas, cientos de anillos minúsculos, infranqueables aunque extrañamente incitadores, y con ojos como dos catacumbas.

Jamás mujer alguna olió tanto a mujer. Esto es algo que acaba de revelársele, súbitamente, un mazazo en el hipocampo o no sabe dónde rayos. En fin, otra minucia extraviada entre las gavetas de un archivo que, según los científicos, puede guardar tanta información como la mayor biblioteca del mundo. Calcula el contenido de veinte millones de libros. Aplastante, se dice, y aún más que por la cifra, por el hecho de que a lo largo de toda la existencia no nos alcanza el tiempo para hacer uso sino de unas diez milésimas de toda esa información que almacenamos en la memoria. Si le quedase vida para razonar con la memoria que Dios le dio, Fellini podría sentirse orgulloso, ya que la Gradisca continúa tan lozana como el día de su nacimiento, hace más de treinta años, según su cuenta. Otra reminiscencia, una minucia más. También le llega desde Fellini: *El paso de la Gradisca creaba enormes ansias: apetito, hambre, deseo de leche*. Para él, como para todos sus discípulos en el instituto preuniversitario de La Habana, 1973 fue asimismo un año de marcadas ansias, hambres, deseos de leche, debido mucho más al paso de la historia que al de Gradisca, sobre la que no poseían entonces ni puñetera noticia.

LA VOZ

¿Miriam? ¿Sería ese el nombre de la profesora de español y literatura? Duda entre Miriam y Mireya. Pero está a punto de escoger el segundo. Lo de Miriam debe ser por nexo recurrente con la artista que cantaba *Pata Pata*. ¿Cómo tenía la cabellera aquella Miriam que cantaba *Pata Pata*? Makeba le parece que era su apellido, y cree no haberle visto nunca un pelo. Posiblemente porque se pelaba al rape. Así que nada de Miriam. El nombre de la profesora era Mireya. Y llevaba espendrum, *del* tipo Ángela Davis. A no ser que sea víctima de otro juego de espejos. No es exactamente la denominación que le otorgan los científicos, pero él se entiende, piensa, ya que no deja de tener presente la teoría sobre los disloques que provocan algunas mezclas de recuerdos, reales o figurados.

De espejos precisamente se valían ellos en el instituto preuniversitario para rascabuchar a la profesora de español y literatura. Qué bestia tan divina, piensa. Algunos (él entre los primeros) llevaban pequeños pedazos de espejos ocultos en los bolsillos o en sus libretas. Los días buenos eran los de abundante calor, cuando Mireya vestía sayas acampanadas. No había más que colocar el espejo en anverso sobre la punta de uno de los zapatos y pararse junto a ella con el pretexto de una pregunta que requiriese explicación larga. Dios, pero qué clase de hembra. Asfixiante. La embestida de un rinoceronte en plena boca del estómago. No, ninguna otra. Ni antes ni después. Gradisca tampoco. Nadie que él se sienta en condiciones de hacer que reflote ahora mismo entre las cochinas aguas de su memoria.

Claro, existen circunstancias en las que el cerebro es asaltado por imágenes exorbitantes. Docta salvedad que ha venido a adornarle el hocico,

se mofa ahora de sí mismo. Parece que está tomando a la tremenda estas cavilaciones de la ciencia. Pero es verdad: los investigadores les llaman *recuerdos falsos*. Después de meditar repetidamente en torno a un sueño, a una anécdota que nos contaron o que hemos leído o visto en la televisión o en el cine, podemos y aun tendemos a incorporarlos a nuestra retentiva como si se tratara de experiencias personales. Eso dicen. No en balde aquellas ganas que sentía de estirar los dedos hacia la pantalla con la ilusión de palpar el batucqueo de las nalgas de Gradisca. Pero no, en absoluto, la historia con Mireya es otra. El espejo estaba situado a un metro, más o menos, de su nariz. Era la revelación en directo, en caliente, de un par de rodillas redondas, dulces y perfectas igual que panes de gloria. Y los muslos como horcones de caoba moldeada para sostener una estatua. Era el descubrimiento y el descarrilamiento de la pubertad ante aquellas confluencias de la entrepierna, doradas, fulgentes, inauditas, casi crípticas. Dicen los que saben, se dice ahora, que nuestro trazado de la propia identidad, la idea que nos hacemos acerca de quiénes somos y qué valemos y para qué nos echaron con las patas por delante en este corral que es la Tierra, pende indefectiblemente de nuestros recuerdos. Sabrán por qué lo dicen, piensa, al tiempo que le vienen a la boca ciertos acordes diseminados de una canción de la bohemia habanera de antaño: *Te comparo con una santa diosa, Longina seductora, de voz primaveral...*

No, primaveral no. Cree que no sería el calificativo. Todo era primaveral en ella menos la voz, y a menudo también el ánimo. Evoca una frase de Gradisca: *Pero, ¿qué buscas?* Voz de puta italiana de provincias: medio ñoña, medio ronquita, medio serafín caído o media rústica, con más de media deleitable malicia. Comparada con la santa diosa de Mireya, habría que reconocer que le daba raya y salida. En la voz. Sólo en este renglón quiere decir.

¿Qué buscas?, le pregunta Gradisca al muchacho en la película, como si no conociera la respuesta. La materia conocida resulta más fácil de memorizar una segunda vez. Es algo que afirman los investigadores, se dice, mientras memoriza los afanes que debía desplegar la profesora de español y literatura para ser escuchada desde las últimas filas. No obstante, ellos lo celebraban, los varones quiere decir, aunque no únicamente, puesto que al tener que pasearse entre todas las filas de pupitres en el aula, para hacer más comprensible su acento, tenue, átono, Mireya iba rociando aquella estela mágica de olor a mujer.

LA CHISPA

Casi podría decir que últimamente está sufriendo los cabrones azotes de la memoria emocional, que según la ciencia, se relaciona con el tálamo y la amígdala, dos órganos cuyos nombres, al igual que el de muchas otras cosas (pongamos por ejemplo los agujeros negros o el cambio climático), pueden lucir familiares, ya que cualquiera los menciona y a nadie parece resultarles ajenos, pero en la concreta nadie explica convincentemente lo que son, ni cómo o hasta cuándo podremos mantenernos lejos de su alcance.

Ay, cariño, yo tengo un pecado nuevo que quiero estrenar contigo... Hoy está bolerístico. A cada rato un trozo diferente de bolero, sin más ni más. Desde los inspirados hasta los empachosos. Esto del pecado nuevo debe ser por

culpa de la Gradisca. Un temblor de los sesos le devuelve aquella sacudida sandunguera de sus nalgas delante de la cámara, quiere decir a expensas de la total perplejidad del muchacho. *Cada vez que me voy a enamorar y pienso en ti...* Pero Mireya no las sacudía. Quiere decir que se le sacudían solas, independientemente y aun a pesar de su voluntad. Y es aquí donde se tranca el juego porque entran en acción los laberintos de la fantasía. ¿O de la morbidez mental? Todavía no se ha topado con una aclaración de la ciencia pero está seguro de que existe, pues se trata de un fenómeno más viejo que la rueda: el recato de la deseada, y más en casos como el de Mireya, lejos de sofocar, zumba y desbarranca las ganas de quienes la desean. La única vez que Gradisca actúa de forma más o menos recatada en la película configura el clímax en que el muchacho vence sus miedos y le deja caer una mano sobre las piernas. *Pero, ¿qué buscas?*, lo emplaza ella, haciéndose la mosca muerta. El recato de Mireya, en cambio, era genuino, orgánico. Debió ser en ese punto donde convergieron la leña y el alcohol. Una bomba. Sólo faltaba la chispa. La de sus lúbricas ensoñaciones. Y las chispas de Alexei y de Omar, pues, para ser justos, si algo no debe pasarse por alto es que él nunca estuvo solo en la movida.

Comentan los investigadores, a tenor de ese tema de los recuerdos falsos, que no basta con que una situación, una persona, un objetivo cualesquiera se nos representen deseables en la memoria para que verdaderamente hayan sido deseables en su justo minuto. Muy bien podríamos virar al revés el enunciado, piensa él. Entonces querría decir que no basta con que algo pudiese ser deseable para que lo recordemos como realizado.

EL COMPLIT

Hay otra escena en la película *Amarcord* en la que tiene lugar cierto corte de recuadros lascivos. Y de seguida entra precipitadamente el cura confesor oliéndose las manos con un mal hilvanado disimulo. Diablos, ¿pero qué rayos había estado haciendo con esas manos? Le da gracia pensar en la posibilidad de que tal ocurrencia de Fellini fuera inspirada por un suceso real. ¿Dónde ese cura metería la cara en lo venidero cada vez que le pasara cerca a la estampa de san Luis Gonzaga, patrón jesuita de la inocencia, en cuyo santo pudor solía apoyarse para contraindicar la masturbación entre la muchachada?

Y ahora que lo piensa, Omar y Alexei, aquellos dos compinches suyos del preuniversitario, guardan más de un rasgo en común con otros dos muchachos de la película. Quiere decir los que vienen a confesarse después del protagonista. Por lo menos hasta donde le llega el recuerdo luego de muchos años sin verlos. El cuasi tonto, aunque no por ello menos veleta, le recuerda a Omar. El díscolo, voluntarioso, agresivo y muy feo, con facha de embrión de esbirro, se le antoja como una réplica viva de Alexei.

Maní, manisero se va... Esto no es un bolero, nada de vendavales sin rumbo ni plazos traicioneros, se dice, sino una de las perlas planetarias de nuestra música. Cree que pertenece al género son-pregón, aunque él está lejos de ser un entendido. En todo caso, se trata de otro tipo de pregón. Elemental. Diría que hasta otro tipo de maní. Sobre todo cuando es anunciado por el galillo prodigioso de Rita Montaner, quien, librando las distancias, lo

remolca ahora hasta Gradisca. Por la voz quiere decir. Y no puntualmente. El énfasis en lo voluptuoso pudiera ser, o sabe Dios, es una conexión de capricho que tampoco viene a cuento. *Si te quieres por el pico divertir, cómprame un cucuruchito de maní...*

El origen parece estar en que a ellos tres (Alexei, Omar y él) se les metió entre ceja y ceja contemplarla desnuda. Pero de verdad quiere decir, encuera a la pelota, en vivo y en caliente.

Las percepciones -he aquí otro ladrillo de la ciencia que también ha descubierto en sus recientes búsquedas-, suelen retenerse más nítidamente y con mayor número de pormenores que el recuerdo de otras experiencias. *Qué calientico y rico está, ya no se puede pedir más...* ¿Vendrá de ahí la hipótesis en que se afinsa un famoso investigador para vacilarnos con la afirmación de que mientras la mitad superior del cuerpo humano se ocupa de pensar y hacer planes, es la mitad inferior, la de abajo, la que decide nuestro destino?

En fin, no era imposible. Ni siquiera era un proyecto tan disparatado. Más o menos debió ir por ese rumbo la defensa de Alexei, ante los reparos de Omar y ante sus propias dubitaciones.

Las palabras, y en particular ciertas palabras claves, facilitan el rescate de recuerdos gastados o escurridizos o que por su lejanía se hayan tornado de muy difícil doma. Es otra recta meteórica que lanzan los investigadores a la altura del pecho. Y tiene lógica, al menos la tiene para él, piensa, siempre que se trate de palabras capaces de descargar un peso de hormigón fundido sobre las sensaciones de la lengua. Desde luego que en esta materia, que es elástica como cualquier otra, siempre queda tela por dónde cortar, piensa, mientras él mismo aplica un corte porque ahora le ha venido a la mente lo de las palabras que encuentran su justicia en el corazón del silencio. Son como la luz del día dentro de una caverna, aunque igual pueden hacer las veces de caverna en medio de la luz.

No hay arreglo, hoy está bolerístico. Recuerda la palabra “perdida”, la cual, por cierto, también sirve de título a un bolero, de los empachosos: *Perdida te ha llamado la gente, sin saber por qué tienes...* Recuerda que al embrión de esbirro de Alexei le cayó del cielo esta palabra cuando intentaba convencerlos, tanto a Omar como a él. No había motivos de envergadura para seguir aguantándose las ganas de ver desnuda a Mireya (les dijo, o eso cree recordar), porque aquella Longina seductora estaba más perdida que una ladilla dentro de su propio espendrum. Alexei era un tipo listo. Ahora que le es dado sopesarlo a distancia, admite que ningún otro en el aula hubiese podido describir de un plumazo la naturaleza bonachona, inofensiva e inocente de la profesora de español y literatura. Lo peor, es decir lo mejor para ellos en aquel momento, era la rigurosidad del símil.

LA INOCENCIA

Hay un inquietante pasaje en la película de Fellini donde los muchachos tirotean con bolas de nieve a su adorada Gradisca. Mireya también era víctima de un tiroteo inquietante. No con nieve, por supuesto, ni por parte de los alumnos, que la adoraban, sino con vistazos de desdén y con

murmuraciones viperinas que le lanzaban a diario los otros profesores de la escuela, debido a lo que dijo Alexei: de tan distraída e indefensa y solitaria, daba la impresión de ser un insecto extraviado dentro de su bosque de pasas.

Lo que desconcertaba, quiere decir lo que le desconcierta ahora al recordarlo, era aquel mazacotudo empaque de hembra que se gastó Dios para forrar a una bobalicona, una chiquilla con tres palmos de elevación sobre cualquier mujer hecha y derecha. Así le parece estar viéndola. Bichito sin pezuñas ni antenas. Personaje mucho más de Buñuel que de Fellini, si dejamos a un lado los contornos de diosa y el aroma a frutas del Caney.

Jamás tuvo novio, hasta donde él supo. Nunca se le veía con hombres. Tampoco con mujeres. Aunque cree memorizar muy entre nebulosas que alguna cizaña fue regada por los pasillos de la escuela a propósito de sus inciertas inclinaciones sexuales. He aquí otra palabra clave, piensa: inclinaciones. La palabra es el soporte de los hechos, aun cuando sea utilizada para negarlos. Es lo que dicen los filósofos que dice la ciencia, ¿o será al revés? Dicen que es el motor de todo cuanto acontece y la vasija idónea para beberse la vida mediante remembranzas borradas y por borrar. Vaya chorrera de metáforas baratas. Y luego les echan el muerto a los boleristas y a los declamadores de tertulia.

En suma, las inclinaciones manifiestas de Mireya, hasta donde él pudo enterarse, eran leer poesía, realizar con exquisito celo sus deberes como profesora, y vivir sola, tan sola como un girasol en la Antártida, sobre todo luego del fallecimiento de su padre, al parecer la única familia que se le conoció. También tenía inclinación al silencio. Lo piensa y siente cómo le resbalan por el gaznate, pero al revés (quiere decir desde los entresijos hacia fuera), algunas notas de una vieja joya interpretada por la orquesta Aragón: *Silencio, que están durmiendo los nardos y las azucenas, no quiero que sepan mis penas porque si me ven llorando, morirán...* Con respecto al silencio y a Mireya, le gustaría puntualizar algo: lo suyo, más que inclinación, era escora. Todavía más, ahora que lo piensa mejor, eran dos inclinaciones gravitando juntas hacia un mismo hundimiento: la que derivó de su carácter, o sea, de su historia, y otra, quizás menos conocida y menos recordada pero que en modo alguno gravitaba menos: la inclinación congénita.

LA TRAMPA

Según los científicos, el cerebro contiene unos treinta mil millones de neuronas, número aproximado al de las estrellas de nuestra galaxia. Casi cien trillones de interconexiones en serie y en paralelo proporcionan la plataforma para el funcionamiento cerebral. Quiere decir que a la Providencia se le debe haber vaciado su cerebro cuando moldeó el de las personas. Sin embargo, hay que ver lo fácil que puede dejar de funcionar esta maquinaria tan redonda. Fácil e inexplicablemente, cuando menos lo esperas, que es lo que solía ocurrirle a la profesora de español y literatura. En medio de una clase, de un dictado, de una oración, de un simple deletreo, enmudecía de pronto, quedando más tiesa y más fría que el mármol durante segundos o minutos, no podría precisar hoy el tiempo, pero en todo caso minutos o segundos equivalentes a una eternidad de plomo. Entonces sí que era una efigie con todas las de la ley, la consagración en feldespato, por cuyo

semblante no discurría ni el más fugaz pestañeo. Después, pero mucho después, él llegaría a saber que aquello era causa de una enfermedad, una línea más o menos moderada de epilepsia que los especialistas diagnostican con nombre de bolero: Crisis de Ausencia.

Las aves suelen volver al nido pero las almas que se han perdido cuando se alejan no vuelven más... Ahora sospecha que está halando la sardina para su sartén al recrear este otro fragmento del bolero *Ausencia*. Originalmente, el autor no debe haber escrito “las almas que se han perdido”, sino “las almas que se han querido”. Pero es lo de menos para el caso. Lo que estaba pensando es que no en balde Alexei se mostraba tan resuelto cuando vino a invitarlos para verla desnuda. Había ideado la táctica. Sólo faltaba convencerlos, a Omar y a él, sobre los beneficios que les reportaría ejecutar una cierta estrategia.

Gradisca va siempre ligera de ropas pero no se deja tocar gratuitamente. Será puta pero no comemierda. Mireya pudo haber sido comemierda pero no puta. Además, nunca vestía con ligereza. Quiere decir que para contemplar su desnudez había que empezar por desnudarla. Sin alternativas. Es por eso que Alexei fundamentó su estrategia a partir de la *Lechita*.

Hambre, apetitos, deseo de leche, vuelve a recordar él las ansias que según Fellini despertaba el paso de la Gradisca. Algo parecido a lo que en ellos despertó el paso de la historia. Muy en lo primordial el deseo de leche. Y el de la *Lechita*. Ahora siente que su paladar, no el que responde al hueso palatino sino a la memoria, se enchumba otra vez con el sabor dulzón, entre atizador y amazotado de aquel género de licor o crema casera que obtenían al mezclar leche condensada con ron y con polvo de pastillas medicamentosas. La inefable *Lechita*, marfil en bruto (por su poder seductor y por el carácter furtivo de su trasiego) en las fiestas quinceañeras de la época, y además centro gravitatorio en torno al cual giraron las más desbocadas piruetas sexuales de su adolescencia, las suyas y las de toda la tribu. Por cierto, ahora que lo piensa, ni para sus piruetas sexuales Gradisca se quita de la cabeza la boina color maní. Le desazona un tanto. Y ahora que lo piensa otra vez, el único efecto en verdad desazonador de la *Lechita* era el sacrificio que implicaba conseguir su materia prima, carente en el mercado. No se refiere a la ocasión relacionada con la estrategia de Alexei. Que él recuerde, las carencias no constituyeron nunca un problema para aquel embrión de esbirro, hijo de un diplomático con oficina permanente en uno de los países de Europa del Este: Bulgaria, Hungría o Polonia quizá... Incluso, en aquella ocasión hasta se gastó el lujo de preparar la *Lechita* con vokda, cuyo espíritu se diluye más sutilmente dentro de la crema, ya que sabe y huele con menor aspaviento que el ron, aunque a la larga (o a la corta) provoca mayor estrago. Según los investigadores, el cerebro pesa un promedio de mil trescientos ochenta gramos, en el hombre, mientras que en la mujer pesa mil doscientos cincuenta gramos. Esto es verdad científica, piensa él, mientras que no empapemos nuestro cerebro con *Lechita*. Una vez empapado, habría que volver a llevarlo a la báscula. Y que nadie se asombre si pesa el doble. Dicen también los que saben que el inconsciente ocupa la mitad de nuestra masa cerebral. A él le gustaría agregar que la otra mitad se convierte en *Lechita* cuando bebes la fulminante crema. Es algo que aún por encima de los muchos años le permite evaluar la efectividad de las armas con que Alexei apoyó su

estrategia. Y ha dicho las armas porque no sólo *Lechita* llevaban ellos en sus maletas de escuela aquella tarde de febrero, cuando bajaron por la esquina de la Terminal de Ferrocarriles en busca de la cuartería de la calle San Isidro donde vivía Mireya.

No puede recordar la fecha exacta, pero sí recuerda que era el cumpleaños número veinticuatro de la profesora. Alexei se había encargado de averiguarlo, ya que formaba parte del plan. *Feliz cumpleaños, que lo pases muy contenta...* Menos que un recuerdo, es casi un eructo de la mente este trozo de una canción de los Fórmula Quinta o Los Pasteles Verdes o Dios sabe cuál otra de aquellas piltrafas musicales que la radio de entonces les servía en bandeja: el arroz con chícharo nuestro de cada día, se dice. Pero está recordando al detalle que con ese trozo de canción, cantado en coro por los tres, dejaron patitiesa de la emoción a Mireya cuando les abrió la puerta. La posesión es más fuerte que la propiedad. No es que lo haya leído en los informes de la ciencia, más bien lo dejó advertido el refranero, se dice ahora, cuando también recuerda que fue justo aquella la primera y única oportunidad en que vislumbró un destello de auténtica alegría en el rostro de la profesora de español y literatura. En su casa, que no era casa sino una habitación de cuatro por cuatro, daba la idea de sentirse liberada de una carga, tal vez la de ella misma. Eso le pareció, o le parece ahora que le pareció. También le parece recordar que el libro amarillo que sostenía entre las manos al recibirlos era una antología de un famoso poeta brasileño que él había descubierto gracias precisamente a ella, pero en cuyo nombre no cae en este momento. *No hay nada como la noche para hacer trampas...* Ni nada que lo conecte ahora con el nombre del poeta brasileño. Esto que ha recordado es de las pocas cosas que no le resulta trabajoso recordar, ya que es una de las pocas que continuó acompañándolo en presente siempre, ayer y hoy: *Estamos aquí, desamparados, aunque hagamos todo lo posible por negarlo...* Son dos trozos de una pieza mítica perteneciente al mítico disco *Blonde on Blonde*, de Bob Dylan. No lo rodaban en la radio, no más faltara, pero él pudo conocerlo y escucharlo hasta la saciedad por mediación de Alexei, a quien el padre mantenía en onda con la buena onda del hit parade anglosajón.

No hay nada como la noche para hacer trampas... Y ello fue precisamente lo que respondió Alexei ante su insistencia para que acabara de servir la *Lechita*, una vez acomodados (lo de acomodados es un decir, se dice), los tres sentados muy juntos y muy zorros sobre una esquina del catre, dentro del cuarto de Mireya. Alexei se lo dijo cantando con voz nasal, al estilo del nuevoviejo ídolo: *No hay nada como la noche para hacer trampas...* Es otra pincelada que le llega. Quiere decir que empezaron por sacar de sus maletas los caramelos, la barra de chocolate y el frasco de perfume *Moscú Rojo* (ahora se le erizan hasta los vellos del codo no sólo por el alarde de memoria que implica haber retenido la marca del perfume sino sobre todo al recordar su tufo, que era como el puñetazo de un gigante en pleno tabique nasal). También sacaron el pañuelito bordado y el pequeño oso de peluche negro. ¿Era un oso o un gato? Quiere decir que todo el botín que Alexei había logrado rapiñar en la casa de sus padres para el aseguramiento de la estrategia salió de las maletas escolares como por arte de brujería ante la boquiabierta y zozobrosa Mireya, la cual evidenciaba una vez más su falta de orientación al no hallar acotejo entre la Crisis de Ausencia y la crítica presencia de aquella sorpresa.

Pero nada de *Lechita*. Aún no. En febrero oscurece temprano, recuerda que le susurró Alexei, así que el impasse iba a resultar breve. Cuestión de unos pocos minutos más o menos.

EL CUERPO

¿Y por fin era un oso o un gato? Era un gato, al menos en el caso de la película. Pero cree que no es Gradisca quien está buscándolo a la orilla del mar. Es Volpina, otra de las pajasas criaturas de Fellini. Y qué criatura. Turbulencia rubia vestida de verde. Ella dice que ha perdido su gato, pero con ese tipo de monstruo uno nunca sabe si lo está buscando o está buscando que se lo busquen. Aquellos otros pobres monstruos (quiere decir las ratas de la prueba científica) también habían recibido entrenamiento para evitar una zona de descarga eléctrica que según cuentan, facilita el acceso a ocurrencias que alguna vez fueron tangibles al recuerdo. Por cierto, piensa, el intangible gato de Volpina lo está remitiendo ahora a la intangibilidad de Marilú: *Oh, mi muchacha, Marilú...* Qué búsqueda obsesiva la del compositor Juan Formell detrás de Marilú. No le daba tregua en aquellos tiempos. Día y noche. Para donde quiera que movieras el dial, ahí estaba la orquesta Van Van buscando a Marilú a través de la radio: *Marilú, oh, Marilú, oh oh oh Marilú...* Y fue justamente en medio de una de esas búsquedas de Marilú donde Mireya aceptó beber el primer trago de *Lechita*. Aunque está reconsiderando que el primero debe haberlo bebido un poco antes. Es algo que no se atrevería a jurar. Lo que sí recuerda bien es que cuando Alexei sacó el radio portátil made in URSS que siempre llevaba en su maleta de escuela, ella le suplicó que pusiera la música a bajo volumen para no molestar a los vecinos. Recuerda igualmente que no quería bailar. Le daba pena. Sin embargo, él se entretuvo durante un corto rato. ¿Resbalón mental? ¿Será que hojeaba el libro del poeta brasileño? ¿O será que cayó, que continúa cayendo en uno de esos agujeros que suelen refrendar los investigadores? No quiere decir los agujeros negros sino los grises, que es el color que más se aviene al vacío. Y cuando levantó la vista, Mireya estaba ya buscando a Marilú. Así que el primer buche de *Lechita*, y hasta quizás el segundo debe haberlos bajado antes de iniciar la búsqueda. Probablemente los bebió por mera condescendencia, con tal de decidirse a permitirles que la sacaran a bailar.

Había anochecido. Eso sí lo recuerda con absoluta claridad. Y también está rememorando (como si los escuchara ahora mismo y volviera a tenerlos a los dos ahí, delante de los ojos) el instante en que Alexei, ahíto de *Lechita* y bailando con Mireya, les dijo festivamente a él y a Omar, o tal vez lo voceó para toda la barriada: *Esto es lo nunca visto, muchachos, una negra que no sabe bailar; debe ser extraterrestre*. Y a ella le corrían las lágrimas de tanta risa (quizá la primera carcajada genuinamente jacarandosa de toda su existencia, piensa). Entonces, en medio de la carcajada, cayó al suelo. Como una torre: recta, rígida, cataléptica, sin que se le reblandeciera ni una articulación.

Por mucho tiempo creí que la ausencia es falta. Y lamentaba, ignorante, la falta. Hoy no la lamento. No hay falta en la ausencia. La ausencia es un estar en mí... Le parece increíble verse de pronto repasando en la memoria estas palabras punto menos que inconexas para la ocasión. Se le hace que son del

poeta brasileño. Y hasta juraría que las conoció mucho más tarde, en un libro que si mal no recuerda fue a solicitar a la biblioteca de la Casa de las Américas precisamente porque el título (*Cuerpo*) estaba empujándolo con persistencia hacia Mireya. Quiere decir hacia el recuerdo de Mireya, o hacia el recuerdo de su cuerpo. Como una torre. Así ha vuelto a verla caer, desbrozando el conveniente olvido. Y ve que apenas la torre toca el suelo, Alexei está yéndole encima para desnudarla. Ve, se ve a sí mismo apremiado por Alexei. Y ve que Omar ya no está allí.

EL ESPENDRUM

Según los que saben, a Freud se le daba bien eso de justificar el protagonismo de los instintos en la conducta humana. Es lo que ha oído decir, se dice ahora. Aunque también le han dicho que quien confie demasiado a estas alturas en todo lo que se le daba bien a Freud, puede estar más perdido que aquella ladilla dentro del espendrum de Mireya. Allá ellos. Afortunadamente los enredos de la ciencia psicológica no le hacen ni cosquillas. Y a propósito, ya que ha vuelto a mencionarlo, no toda la culpa, pero por lo menos una buena dosis debe corresponder al espendrum. Recuerda el comentario que casi por casualidad escuchó en boca de su madre aquella tarde extraviada en el tiempo y la memoria. Sería en 1974 o 1975. En resumidas cuentas, el director del instituto le había advertido con anterioridad a la profesora de español y literatura que no podría presentarse al próximo curso si no venía sin el espendrum. Sí, está seguro de que eso fue lo que comentó su madre con una amiga. Ahora mismo ha vuelto a memorizarlo tal y como lo escuchara aquella tarde, oculto detrás de la cortina: El espendrum era un mal ejemplo para los estudiantes. Y la profesora se negaba a cambiar de peinado. Así que no tendrían necesidad de expresarse la masa gris buscando otro pretexto para deshacerse de ella.

La madre de Alexei, por su lado, no perdió tiempo en comentarios. Más bien lo ganó preparándole las maletas al embrión de esbirro, de modo que al inicio del próximo curso estuviera ya matriculado en algún instituto de Bulgaria, Hungría o Polonia quizá... En cuanto a la madre de Omar, que él recuerde, no comentó nada. Era bien poco lo que podía hacer, dada su condición de humilde esposa del proyectista del cine *Neptuno*, sin posibilidades de proyectar para el hijo otra salida que no fuera la de asumir su dudosa responsabilidad en el problema. Y digo dudosa, piensa él, porque en buena ley Omar no había estado presente a la hora de la violación. Se aterrorizó y salió echando un pie antes de que Alexei terminara de desnudarla. Es lo que le parece recordar. Aunque seguro, lo que se dice seguro, tampoco está. A ciencia cierta, resulta punto menos que nada lo que podría asegurar después de tanta agua corrida por debajo del puente. Su memoria es ahora mismo menos fiable que aquella tela de araña sirviendo de hamaca a un elefante.

LA AUSENCIA

Ausencia quiere decir olvido, decir tinieblas, decir jamás... ¿Dejarán de existir los hechos que no recordamos? ¿O somos nosotros los que dejamos

de existir en la medida que olvidamos los hechos de nuestra existencia? ¿Y qué ocurre con los hechos que olvidamos? ¿Se vaporizan, pasan a ser pasto de la nada? ¿Acaso seguirán existiendo en la inexistencia, los recordemos o no? Algo por el estilo cree haber leído en algún libro. Y cree recordar que no le quedó claro el intríngulis. Como no le está quedando claro ahora.

En la película de Fellini, Gradisca también les cae mal a los padres de los muchachos. Ellos igualmente la harían desaparecer si pudiesen. Por motivos distintos, aunque muy parecidos, piensa él: se teñía el pelo, se hacía rizos, fumaba, no tenía un hombre que la representara. La diferencia, quiere decir en lo esencial, es que a Gradisca no había quien lograra desnudarla, a no ser que sus libérrimas ganas estuviesen incluidas en el plan. Tampoco habría alguien capaz de emborracharla. Y muchísimo menos si eran dos a la vez para compartírsela encuera a la pelota como si fuera un plátano sin cáscara. Eso por no decir –es que ni pensarlo siquiera– que ninguno de los muchachos de la película habría tenido lo que hay que tener para dejar preñada a Gradisca. Como ninguno hubiera sido lo suficientemente desalmado para lavar las huellas del ultraje, igual que hicieron ellos con Mireya, tal como cuentan que lavó sus manos aquel procurador de Judea.

Gradisca era puta pero no comemierda. Mireya era comemierda aunque no puta. No deja de resultar tentadora, por más que loca e inquietante (se dice él ahora, pero tal vez no se lo diga en serio) la ilusión de fundirlas a las dos para obtener una sola, única sin lugar para dudas. Digamos, piensa, algo a la medida de Rita Montaner, que también era única, o así parecen haberlo entendido los de la farándula en su tiempo. *Maní, manísero se va. Caserita no te acuestes a dormir sin comprarme un cucurucho de maní...* ¿Y dónde dejamos aquello de que mediante un sueño es posible revivir experiencias pasadas que ni por azar pasan ya a través de nuestra memoria consciente? Aunque en los sueños tendemos a inventar demasiado. Como confiables, lo que se dice confiables, él no los tomaría, ya que somos locos soñando, quiere decir todavía más locos de lo que somos.

Y ahora que lo recuerda, también la acusación de loca se sumó a otras en el caso de la profesora de español y literatura. Lo supo mediante el mismo cuchicheo de su madre. Tendría que estar loca aquella negra, recuerda que dijo su madre, para hacer lo que hizo con un par de inocentes muchachos, alumnos suyos para colmo. Y a propósito, se dice, vuelve a decirse ahora, no era la primera vez que escuchaba a su madre referirse a ella llamándole negra. Piensa que no le extrañó tanto entonces como le había extrañado antes, en momentos en que lo dijo sin roña. Si la memoria no le falla, fue también por boca de su madre que escuchó cierto sarcasmo no carente de gracia en alusión a la piel de Mireya.

Black is black, i want my baby back... No, que va, aunque memoriza algún fragmento de esta canción de la banda española *Los Bravos*, recién se da cuenta de que no puede citarla evitando el disparate. Es que se la aprendió en inglés chapurreado, o sea, en versión forro, el de la época. Por cierto, se trata de una de las pocas canciones que conseguiría mantenerse a flote luego del naufragio de la llamada *Década prodigiosa*. Hoy no sabría explicar a derechas por qué le pusieron ese nombre, ya que no le viene a la mente ni uno solo de los tales prodigios de la década. *Black is black, tararará...* No, es que no puede, no le resulta serio citar más que esa frase del título. La

amiga de su madre había comentado algo acerca de la transparencia que mostraba siempre en su conducta la profesora de español y literatura. Revisala bien y le hallarás defectos (recuerda que replicó su madre): no es posible ser negro y transparente a un mismo tiempo. Debe haber pretendido hacer un chiste, inofensivo, es lo más posible, pero en aquel momento, piensa que pensó, fue una respuesta sorprendente para él. En labios de su madre ha querido decir, la cual, si la memoria no le falla, pertenecía al mismo bando o partido político de Angela Davis, o es lo que cree recordar, por más que tampoco sea entendido en la materia. Lo que sí parece quedarle claro, tanto como tan confuso le quedó en aquel momento, es que el director del instituto no tenía argumentos responsables para prohibirle a Mireya que usara *espendrum*. ¿Acaso los noticieros de la televisión no destinaban una buena parte de su espacio a proclamar la ejemplaridad de Angela Davis? ¿Y no había sido la Davis quien puso de moda el *espendrum* entre nosotros?

De moda, piensa, también están ahora los estudios para revolvernó el cacumen por allá adentro. En el almacén de recuerdos ha querido decir ¿O será dentro del alma, como diría Bergson? El lío es que van a toda carrera. Y tanto que más de un investigador ha comenzado a formularse planteamientos éticos. ¿Tendremos derecho? ¿Hasta dónde? ¿Cómo, cuándo, por quiénes quedarán establecidos los límites? Son algunas de sus preguntas, según ha leído últimamente. En fin, allá los que saben. En lo que a él respecta, se alegra desde el corazón por no pertenecer a esa claqué. *Muchas veces te dije que antes de hacerlo había que pensarlo muy bien...* Y esto tampoco es un bolero, aunque hoy esté bolerístico. Ni es de la vieja trova bohemia sino de la otra trova, nueva para algunos y rancia para otros. Pero le ha venido a la lengua porque está recordando que su autor también llevaba *espendrum* por aquellos días. *Y ahora ya ves lo que pasó, al pasar de los años...* Y si la memoria no le falla, tuvo un problema similar. Bueno, lo de similar tal vez resulte inexacto. El caso es que no lo dejaron cantar en un programa de la televisión por culpa de su *espendrum*. Le habían advertido que debía pelarse antes de entrar al set. Y también se negó, porque al parecer era tan caprichoso y obstinado como la profesora. Aunque, ahora que lo piensa mejor, la historia de Mireya viene siendo más bien otra historia. Lástima que él tampoco pudo llegar a conocer en que paró. Pero si la memoria no lo engaña, tuvo puntos verdes y punzantes, más que una guanábana. Quiere decir la historia de la profesora con el *espendrum*. Como su padre era oficial del ejército, lo vistieron de verde olivo en menos de lo que se cuenta, casi a la misma hora en que Alexei era matriculado en una nueva escuela de Bulgaria, Hungría o Polonia quizá... Y también al tiempo en que Omar quedaba a merced de las humildes proyecciones del padre proyectista. Por eso tal vez lo contó todo. Omar quiere decir. O al menos es lo que le contaron a él años más tarde: que fue Omar el que dio el chivatazo. Claro que a ciencia cierta no pudo haberlo contado todo, ya que no todo lo presenció. Lo que se dice todo, únicamente estaban aptos para contarlo Alexei o él. También Mireya, por supuesto. De hecho, fue ella quien parece haberlo contado. No todo quizás y no desde el principio. Seguramente lo hizo cuando Omar había dado el chivatazo y ya no le quedaba sino admitir con un asentimiento de cabeza lo que era dominio del director y compañía. Son conjeturas tuyas del día de hoy, piensa, ya que por entonces nunca llegó a enterarse de buena tinta. Como nunca más volvería a pisar el instituto. Para no estar, ni siquiera le pasó cerca durante un largo período.

Porque si mal no recuerda, aquello debe haber sucedido en los inicios del verano de 1974 o 1975. Y unos pocos meses más tarde se encontraba ya navegando rumbo a Angola en un barco con las bodegas repletas de reclutas recién ingresados, como él, al servicio militar obligatorio. Carne fresca para el heroísmo en la guerra contra el apartheid, según se cuenta.

Esto no puede ser no más que una canción, quisiera fuera una declaración de amor... Y esto tampoco es un bolero, vuelve a decirse, sino una hermosa canción de aquel trovador, el del espendrum. Aunque, ahora que lo piensa mejor, en la susodicha guerra (contra el apartheid quiere decir), él se había anotado ya su buena escaramuza. Quiere decir antes aún de la fecha en que los amontonaron en las bodegas de aquellos barcos. ¿O contra qué otra cosa fue la escaramuza librada por Alexei y por él dentro de aquel cuartico de la sofocante ciudadela de la calle San Isidro? A no ser que la memoria le esté mintiendo en este momento. Y conste que la memoria suele mentirnos con frecuencia. Más de la cuenta. Aunque también es verdad que no siempre nos miente para mal.

En *Fellini, ocho y medio*, otra de las grandes películas de este director, el protagonista (Marcelo Mastroianni) pasa por una mala racha, se siente abatido, abúlico en plena sequía creadora. No será sino inventándose consuelos como logre levantar presión. Y está de más decir (se dice él), porque hasta lo afirman los científicos que ahora se dedican a barajar estos temas, que no existe otro mecanismo tan idóneo como la memoria para inventar consuelos, o como el alma, si es que asumimos la tarea al estilo de Bergson.

Por cierto, ahora que la menciona, en *Fellini, ocho y medio* sale también algún que otro monumento de hembra, de esas que cortan el aliento. Fellini al fin y al cabo. Que él recuerde de pronto, está la Saraghina, algo un tanto más en sazón pero no menos encantadora que Gradisca, ni menos provocativa que Volpina. Por no contar a Claudia Cardinale en su máximo esplendor físico, actuando como la muchacha del sueño. Piensa que le gustaría mucho volver a ver *Fellini, ocho y medio*. Y quien dice ésta, dice también *La strada*, *Las noches de Cabiria*, *La dulce vida*, o *Roma...* Pensándolo bien, es una idea magnífica. Y cree que le llega en la hora oportuna. Incluso dispone de un amigo, quiere decir un conocido, fanático de Fellini, como él, que puede prestarle todas las copias de aquellas películas. Sí, definitivamente es eso lo que le gustaría hacer. Algo apropiado para levantar presión. Mejor que andar pudriéndose por tanta ausencia en las paradas de los ómnibus metropolitanos. Y aún más en estos tiempos. Antes se hacían presente por lo menos alguna que otra vez. Ahora no. Nunca. Los ómnibus, ha querido decir.
